

## LA ÚLTIMA ACTUACIÓN DE ADELAIDE WALKER

Todos lo sabían. La noticia recorrió la ciudad hasta que todo Londres lo supo. Se escuchaban murmullos en los parques, susurros por las calles y comentarios en los bares. Nadie encontraba ni pies ni cabeza al asunto. Durante las dos siguientes semanas, los medios continuaron hablando del tema. Había opiniones controversiales. Algunos lamentaban lo sucedido. Se sabía poco acerca de lo que pasó aquella noche y las explicaciones dadas por las autoridades eran más bien teorías, hipótesis que no se habían comprobado aún. Sin embargo, había quienes pensaban que se trataba de otra actuación, otra película, solo que esta vez sucedía en el mundo real y no detrás de una cámara cinematográfica en Hollywood. Según ellos, se trataba de una forma de llamar la atención para que los focos se centraran en ella. Quizá, después de un tiempo, regresaría.

Pero pasaron diez meses y Adelaide Walker no regresó. Jennifer Bradley pasó seis de esos diez meses escabulléndose en sets de rodaje y elegantes fiestas de celebridades en Beverly Hills. Hubo una ocasión donde se chocó con Matthew Anderson en la fiesta de cumpleaños de un productor de nombre alemán, pero el actor se disculpó y continuó su camino entre la gente sin darle tiempo a la periodista para hacerle una simple pregunta: ¿sabe usted dónde está Adelaide Walker? Porque sí, la joven periodista de Los Angeles Time era una de aquellas personas que pensaba que la actriz seguía con vida, que había una historia, detrás de la mansión en llamas, mucho más compleja a la que había contado la policía cuando decidieron cerrar el caso.

Una mañana de primavera, Jennifer se detuvo enfrente de la ventana solamente para contemplar como caía la lluvia al otro lado del cristal. Con un té caliente entre sus

manos y el periódico del día atrapado bajo su axila. Era un viernes de agosto de 1974 y la noticia más reciente era que Richard Nixon había renunciado a la presidencia de los Estados Unidos. En la oficina de Los Angeles Time, los periodistas corrían de un lado para el otro con papeles entre sus manos, hablando por teléfono, discutiendo a gritos y volviendo loca a la pobre Betty. Mientras toda esa locura ocurría a sus espaldas, Jennifer admiraba la lluvia. Era verdaderamente raro que lloviera en agosto en su ciudad. Vio cómo su reflejo la sonreía desde el otro lado del cristal, sus ojos color canela miraban al reflejo de su pelo castaño alborotado, nunca le daba tiempo a peinarse por las mañanas.

-¡Señorita Bradley! –la voz de John Miller retumbó por toda la oficina. Jennifer se dio la vuelta y vio como los enfurecidos ojos de su jefe la miraban detrás de unas redondas gafas de montura negra-. ¡Venga a mi despacho ahora mismo! ¡Dese prisa!

La joven no se sobresaltó, era normal que el señor Miller gritara a sus empleados. Sus tacones chocaban contra el suelo cada vez que ella daba un paso en la dirección del despacho de director del periódico. Antes de cruzar el umbral de la puerta, Betty, la secretaria del señor Miller, la miró con compasión. Jennifer empezó a preocuparse. ¿Acaso había hecho algo que hiciera enfurecer al señor Miller?

-Está usted despedida.

-¿Qué? –su voz temblaba, ciertamente no esperaba recibir esa noticia.

-¿Acaso no le dije que se olvidara de lo de Adelaide Walker, señorita? –el señor Miller la miraba con una sonrisa estúpida en su rostro-. ¡¿Acaso no se lo dije?! –gritó su jefe, arrebatando la taza de té de las manos de Jennifer y tirándola al suelo. El director de Los Angeles Time se pasó una mano por su

pelo canoso, mirando la mancha de la alfombra donde había caído la taza-

Mira lo que has hecho por el amor de Dios... ¡Mira! –dijo señalando la alfombra.

La confusión se apoderó de la periodista, quien no comprendía nada de lo que estaba pasando. Ella recordaba que, cuando sucedió la tragedia en Londres, hace diez meses, y la noticia llegó a los Estados, el señor Miller reunió a todos los empleados para anunciarles que quería que todos dedicaran cada segundo de sus vidas a descubrir más información y anotarla sobre el papel. Y así hicieron.

Desde que se jubiló el señor Brown, el señor Miller había estado buscando a alguien para que se encargara de la sección dedicada al cine del periódico, el apartado favorito de los lectores de Los Angeles Time y la razón por la que Jennifer se había mudado a Los Angeles. El jefe del periódico anunció que seleccionaría a uno de los muchos periodistas de Los Angeles Time para encargarse del apartado cinematográfico. Ella era una cinéfila, le apasionaba el cine, siempre quiso ser una periodista en Hollywood, desde que era una niña de ocho años con el pelo desenredado que renunciaba a ponerse las diademas rojas con lacitos que le daba su madre. Y ahora, dieciocho años después, el sueño de esa pequeña Jennifer podría llegar a cumplirse si el señor Miller la elegía a ella.

Así fue como Jennifer Bradley se obsesionó con Adelaide Walker. Cada semana, más de cincuenta artículos sobre el caso aparecían sobre el escritorio de Betty quien se los llevaba al señor Miller todos los viernes para que escogiera uno y publicarlo en el ejemplar del lunes. Así fue durante los seis meses después de que la mansión londinense de la actriz ardiera en llamas.

Durante esos seis meses, Jennifer puso todo su empeño en responder cada pregunta que aún no tenía respuesta. Todas y cada una de las semanas, entre todos los artículos depositados sobre el escritorio de Betty, estaba el suyo. Un miércoles por la mañana, a principios de febrero, Jennifer sostenía entre sus manos el periódico del día de Los Angeles Time, contemplando con orgullo la página seis, donde aparecía su artículo: "La última actuación de Adelaide Walker". En ese artículo, la joven periodista explicaba cómo era la vida de la actriz antes de morir, intentando darle algún sentido a su supuesto suicidio. Era su manera de relatar la misma historia desde otra perspectiva.

Porque sí, la policía declaró que la causa de muerte de Adelaide Walker fue suicidio. El detective Smith de Scotland Yard fue quien hizo la última rueda de prensa a finales de diciembre anunciando a los periodistas que fue la actriz quien incendió su propia casa. Según las autoridades, la noche del 5 de noviembre de 1973, Adelaide Walker regresó a su hogar en Londres pasadas las once de la noche tras haber asistido a la boda de una amiga, Amanda Love. La señorita Love y su marido, Lawrence Love, se despidieron de ella alrededor de las diez y media.

Después de despedirse, el chofer de la actriz británica la transportó hasta su mansión en las afueras de Londres. Según Malcom Hennessy, el chofer de la señorita Walker, al llegar a la mansión, Adelaide Walker pidió que se fuera del recinto. Esto no era para nada común, ya que los miembros del servicio de la casa de la señorita Walker tenían sus propias habitaciones en el interior de la mansión para evitar tener que trasladarse al día siguiente al trabajo. El señor Hennessy explicó que su automóvil tuvo complicaciones al arrancar y, mientras intentaba arrancar el coche, logró ver cómo Adelaide Walker comenzaba a cerrar las ventanas y puertas de la casa. Finalmente,

cuando el automóvil arrancó, Malcom Hennessy abandonó el recinto. Según las declaraciones del chófer de la actriz, antes de irse de la mansión, llegó a ver una segunda figura en la ventana del salón principal, al lado de la señorita Walker, quien contemplaba el horizonte.

Sin comprender muy bien lo que sucedía, Malcom Hennessy abandonó el terreno de Adelaide Walker conduciendo por el camino de regreso a la ciudad. Poco después, las llamas comenzaron a reducir la mansión a ceniza y el fuego empezó a ser visible desde la distancia a la que estaba el chófer. Fue entonces cuando el señor Hennessy se apuró para llegar a la ciudad y avisar a los bomberos. Sin embargo, el trayecto hasta la estación de bomberos de Londres fue más largo de lo previsto debido a las hogueras y personas enmascaradas que celebraban la Noche de Guy Fawkes por las calles de la capital. Cuando el señor Hennessy llegó finalmente a la estación de bomberos para avisar a las autoridades, el reloj marcó la una de la madrugada. No había suficientes bomberos en la estación debido a tres hogueras que se habían descontrolado en tres puntos opuestos de la ciudad.

Una vez las hogueras fueron apagadas, las autoridades se dirigieron hacia la casa de la actriz. Desafortunadamente, los bomberos no llegaron lo suficientemente pronto como para salvar a Adelaide Walker. Tras varias horas de trabajo, apagaron las llamas, pero la casa quedó reducida a cenizas. Una vez amaneció, uno de los bomberos localizó unos restos humanos entre las cenizas de lo que en su momento probablemente fuera un armario. Era imposible verificar que ese fuera el cadáver de la actriz, pero se supuso que los restos pertenecían a Adelaide Walker. Tras meses de investigación, la policía cerró el caso anunciando que la actriz se encerró en el armario mientras su casa ardía

en llamas, dejando que el fuego la consumiera hasta convertirla en ceniza. Todo el mundo decidió aceptar que era un suicidio, al fin y al cabo, era la estrella más radiante de Hollywood desde que apareció en su primera película en 1968, y probablemente había sido la fama quien había acabado con ella.

Pero después de todo su duro trabajo, el señor Miller decidió que Ethan Goldberg se encargaría de todos los artículos que tuvieran que ver con Adelaide Walker y el mundo del cine en general. Nadie de la oficina se sorprendió, solo un mes antes, Ethan había empezado a salir con Sally, la hija del señor Miller. Jennifer se sintió estúpida por pensar que quizá lograría encargarse el apartado más popular del periódico, estaba claro que el señor Miller no confiaba en ella para tratar los temas importantes.

-¿Me está escuchando, señorita?! –exclamó el señor Miller-. ¡Le dije que la publicación de aquel artículo suyo fue un error de Betty! Usted únicamente está aquí porque necesitaba que una mujer se encargase del apartado de belleza y cosméticos -dijo, apuntándola con el dedo índice-. Y encima que le doy el trabajo tiene usted la osadía de entrometerse en temas policiales.

-Señor, -empezó a titubear Jennifer– pe-pe-pero usted dijo que cualquiera de la oficina podría intentar escribir un artículo acerca del caso y yo...

-¡Cállese! ¿Acaso no dije que sería mi yerno quien se encargaría del caso de Adelaide Walker?

-Sí, señor.

-Bien, pues explíqueme por qué usted continuó escribiendo artículos sobre el tema.

-Señor, yo-yo no...

-¡No mienta! Encontré todos estos papeles en su escritorio –Jennifer no se atrevió a preguntar qué hacía su jefe husmeando en su escritorio –“Adelaide Walker, ¿de verdad está muerta?”, “Adelaide Walker, ¿desaparecida?”... -el señor Miller iba tirando al suelo los papeles mientras nombraba los muchos artículos que Jennifer había escrito en secreto, con la esperanza de poder publicarlos aunque no fuera en Los Angeles Time- ¡¿Tiene alguna excusa?! ¿Eh? ¡¿Alguna explicación?! –Jennifer se agachó a recoger los papeles sobre la alfombra–. Jamás publicaría sus artículos porque usted no entiende nada. Esta jovencita –dijo, apuntando a la fotografía de Adelaide Walker que aparecía en el periódico del día- ¡está muerta! ¡Acéptelo! ¡Nadie necesita escuchar las teorías de una mujer que no sabe nada sobre el trabajo policial acerca de un caso de semejante magnitud! ¡Váyase de mi oficina! ¡Está despedida, señorita Bradley!

Cargando con los papeles entre sus brazos, Jennifer Bradley salió de la oficina del señor Miller con la cabeza baja. Por muy poco que le gustara su trabajo escribiendo artículos para el apartado de cosmética y cuidado del hogar del periódico, era de dónde provenía el dinero que le permitía vivir en un pequeño apartamento en los suburbios de la ciudad. Ahora no le quedaría otra que llamar a su madre. Sin ninguna duda, Angelina Bradley se alegraría de que su hija viviera con ella en su nueva casa en Castle Combe.

-La voy a echar de menos, señorita Bradley. De verdad que me alegré cuando usted apareció por primera vez aquí, ¡otra mujer en la oficina! –dijo la anciana Betty acercándose al escritorio donde Jennifer estaba guardando

todas sus pertenencias en una caja de cartón- ¿Ya lo tiene todo recogido?

-dijo, señalando a la caja que Jennifer llevaba entre sus manos.

-Sí –dijo Jennifer, asintiendo.

-Lleva usted muchos papeles, señorita –dijo, mirando al interior de la caja mientras Jennifer asentía.

-He escrito muchos artículos, la mayoría no se han publicado pero...

-He de decirle, -interrumpió Betty antes de que Jennifer acabara su fase– que no publiqué su artículo sobre Adelaide Walker “accidentalmente” –susurró la secretaria.

Antes de que Jennifer pudiera reaccionar, Betty guió a una atónita Jennifer hasta la terraza de la oficina. Una vez se aseguró de que estuvieran a solas, continuó hablando.

-Mire, señorita, aquel día, después de que el señor Miller leyera los artículos y seleccionara el del señorito Goldberg, me dijo que se iba a tomar unas copas con su hermano y me ordenó que mandara publicar el artículo de Ethan Goldberg y tirara a la basura todos los demás. Me entró curiosidad, señorita... No pude resistirme y leí el artículo del señorito Goldberg. No me gustó. En fin, yo no soy quién para juzgar, no sé nada de cómo escribir un artículo, pero no me pareció para nada interesante. En mi humilde opinión, el señorito no contaba nada nuevo acerca del caso. Pero luego, cuando iba a tirar el resto de artículos, me fijé en el suyo. Era el primero del montón y me llamó la atención su título. Lo leí, y me pareció fascinante. Ciertamente cuenta lo sucedido desde una perspectiva muy diferente, intentando explicar el porqué del suicidio de Adelaide Walker. Me pareció que era mucho mejor que el del

señorito Goldberg, así que desobedecí al señor Miller y ordené que publicaran el suyo.

-Vaya, Betty, no sé qué decir... Gracias.

-No hay de qué, señorita –Betty rió–. En fin, el señor Miller se enfadó conmigo, pero, al fin y al cabo, solo soy una despistada ancianita –finalizó Betty, guiñándole un ojo.

-¿Usted qué piensa acerca del caso? –las palabras salieron de la boca de Jennifer antes de que su mente las procesara.

-¿Yo? No sabría qué decir. Usted creció con un padre que trabajaba como policía así que supongo que conocerá mucho mejor cómo van las cosas estas. Yo... No sé, lo considero un tanto sospechoso. El suicidio, digo. Verá, antes de que todo esto pasara, el verano del año pasado, acompañé al señor Miller al set de rodaje de “Un teatro en Nueva York”, una excelente película, por cierto. Allí conocí a la señorita Walker. Era un sol. Rara vez te encuentras a alguien tan alegre que verdaderamente disfruta de su trabajo. Me saludó. El señorito Anderson también me saludó, ¡hasta me ofreció un café! Muy majo, muy majo... -Betty hizo una pausa-. Ya sé que está mal entrometerse en la vida de las celebridades y los cotilleos y todo eso –dijo sonriente– pero, después de conocer a la señorita Walker y al señorito Anderson en persona... ¿Qué quiere que le diga? Yo siempre pensé que se trataba de una farsa, una manera de hacer publicidad, pero verlos así en persona... No sé, me dio la sensación de que las revistas de cotilleos tenían razón y estaban juntos. Parecían estar hechos el uno para el otro.

En 1970, Matthew Anderson y Adelaide Walker protagonizaron una película juntos: “Desde otoño hasta primavera”. Cuando la película fue anunciada, comenzó la rueda de prensa. Durante las entrevistas y las alfombras rojas, ambos parecían estar muy unidos. No tardó en comenzar la especulación de que eran pareja. Tras llegar la película a la gran pantalla, todos los críticos cinematográficos aclamaban la actuación de ambos actores diciendo que el amor entre los dos protagonistas de la historia estaba tan bien interpretado que hasta parecía real. Sin embargo, cada vez que los periodistas preguntaban a los actores sobre su relación, estos eran más bien evasivos. Nunca dijeron “no” cuando un entrevistador les preguntaba si estaban saliendo juntos, solamente reían, se miraban el uno al otro y decían que trabajaron muy duro para conseguir transportar el romance del libro en el que estaba basado la película a la gran pantalla.

Los dos actores no volvieron a actuar juntos hasta que, el año pasado, comenzaron a grabar “Un teatro en Nueva York”. Se sabía poco acerca de la película, pero la fama adquirida por Adelaide Walker hizo que la gente estuviera ansiosa por descubrir de qué trataba la trama de esta nueva cinta. Afortunadamente para el periódico de Los Angeles Time, el sobrino del señor Miller trabajaba como técnico de sonido en esa película y consiguió que el señor Miller, acompañado de Betty, fuera al set de rodaje a entrevistar a uno de los productores. En el ejemplar del día siguiente, salió la entrevista. Fue ahí cuando se supo que la película trataba sobre una actriz, quien protagoniza un musical en Broadway y se enamora del pianista de la obra, una historia de amor prohibido. Los fanáticos del cine enloquecieron al saber que Adelaide Walker y Matthew Anderson volverían a interpretar a dos enamorados en esta nueva entrega.

Aquella película jamás fue estrenada. Apenas faltaban unas escenas que rodar cuando la actriz protagonista se tomó una semana de vacaciones para asistir a la boda de su mejor amiga en Inglaterra. Se detuvo el rodaje durante una semana, pero el accidente y la supuesta muerte de Adelaide tuvieron como consecuencia la cancelación de la película, una película que jamás será vista.

Tras la supuesta muerte de la actriz, Matthew Anderson se encerró en su mansión en Los Angeles durante tres meses. Nadie lo vio, nadie logró contactar con él. Robert Morris, el agente de Matthew Anderson, llegó a decir en una entrevista que el actor iba a acabar con su propia carrera si no se olvidaba de Adelaide y regresaba a Hollywood. Matthew Anderson sí que regresó a Hollywood, en un papel protagónico en una película de acción. Desde entonces, nadie había conseguido entrevistarle sobre Adelaide. Muchos periodistas habían intentado hacerlo, pero cuando el nombre de su antigua compañera de rodaje era mencionado, el actor abandonaba la sala.

Fue su madre quien le compró el boleto de avión a Jennifer, pagado con el dinero de su quinto marido, Jonathan Montgomery, un millonario británico que tenía conocidos en la realeza. Era la sexta vez que Jennifer viajaba en avión. La primera vez fue a los dieciséis años, cuando el tercer marido de su madre decidió abandonar los Estados Unidos y posicionar la nueva base de su empresa en el norte de Irlanda. Jennifer regresó a Chicago, la ciudad donde había nacido, a los dieciocho, subiendo a un avión por segunda vez en su vida. No asistió a la cuarta boda de su madre, pero sí a la quinta, en Gales, así que volvió a volar dos veces más.

Habían pasado tan solo dos días desde que fue despedida por el señor Miller, no había tenido suficiente tiempo para procesarlo, pero ahora tenía muchas horas de vuelo

para que su cerebro comenzara a dar vueltas mientras giraban las agujas de su reloj. Pensó sobre su carrera profesional, haber sido despedida de uno de los periódicos más reconocidos de América no era bueno para su carrera como periodista.

-¿Quiere algo, señorita? –dijo una azafata que empujaba un carrito por el pasillo del avión, interrumpiendo los pensamientos de Jennifer.

No había dormido bien aquella noche, quizá por eso los ojos marrones de la azafata la recordaban a los de Adelaide Walker. Mientras la azafata cortaba el trozo de tarta de zanahoria que Jennifer la había pedido, la periodista se fijó en los rasgos de la joven azafata, ciertamente la chica se parecía a la actriz. Tenía el pelo negro y rizado como la actriz británica. También tenía la nariz delgada, aunque, mirándola bien, Adelaide Walker no tenía la nariz tan puntiaguda. Al entregarle la azafata la tarta de zanahoria, Jennifer se dio cuenta de que aquella muchacha carecía del lunar que tenía Adelaide sobre el labio, tampoco tenía la peculiar cicatriz en la barbilla.

No, esa azafata no era Adelaide Walker, pero sí que se parecía bastante. Ahora, por culpa de la azafata, Jennifer pasó el resto de su vuelo pensando en la actriz. No tardó en darse cuenta de que Castle Combe estaba a tan solo unas horas de donde antes se situaba la mansión de la actriz. Es más, la actriz vivió en el pueblo inglés durante unos meses mientras grababa una película de época. Apareció en la mente de Jennifer aquella entrevista televisiva que hizo la actriz hace un par de años donde hablaba de su experiencia viviendo en ese pueblo. Recordó cómo la actriz dijo que Castle Combe parecía salido de un cuento de princesas, sobre todo durante los meses de primavera.

Con el rostro de la actriz en mente, como si fuera un recuerdo cercano, Jennifer giró la cabeza hacia la ventanilla solo para darse cuenta de que el avión ya había

aterrizado en Londres. Llevaba poco equipaje y fue fácil cogerlo, ella siempre había preferido viajar ligera. Arrastrando sus dos maletas por el suelo de cemento, caminó hacía la mujer vestida con un vestido amarillo que movía un pañuelo verde en el aire.

-¡Hija mía! –Angelina Bradley, tan estilosa como siempre, esperaba a su hija al lado de unos pobres turistas que se asustaron cuando esta gritó.

En cuanto Jennifer se acercó, su madre la abrazó con fuerza. La madre de Jennifer adoraba el contacto físico, reconocida por abrazar hasta a extraños. Una mujer simpática, sin lugar a dudas, aunque era cierto que disfrutaba del cotilleo y solía compartir detalles que no deberían ser compartidos. Muchos la tomaban por tonta, pero lo cierto era que la señora Bradley era una mujer muy astuta. Se decía por las calles que iba de marido en marido, y ni siquiera Jennifer podía negarlo, pero a Angelina Bradley nunca le había faltado dinero en el monedero. Aunque, pese a que decidió mantener su apellido de soltera, la señora Bradley le dijo a su hija que no volvería a casarse, que Jonathan era para siempre, y Jennifer sonrió, porque Jonathan era un buen hombre.

-¡Ay! –exclamó Angelina Bradley–. Este es James. Es el hijo de un amigo de Jonathan. Se ha ofrecido para conducirme hasta aquí.

Su madre señalaba a un joven, de ojos verdes y pelo castaño claro, que esperaba apoyado en la marquesina del autobús, mirando silencioso el reencuentro entre madre e hija. Las mejillas de Jennifer no tardaron en igualar el color del pañuelo de su madre.

-Encantado de conocerla –el chico tenía una voz alegre con un acento británico muy marcado–. Soy James Wilson –tras decir esto, el joven besó la

mano enguantada de Jennifer, lo que hizo que el color rojo de sus mejillas se acentuará aún más.

James guardó ambas maletas de Jennifer en el maletero de un Porsche granate descapotable aparcado bajo la sombra de un árbol. Al ver cómo Jennifer se dirigía hacia el asiento de copiloto, el joven se apresuró para abrir la puerta de la chica. Sin embargo, acabó tropezando con una piedra en el suelo y cayendo sobre la tierra. Jennifer no logró contener la risa. Cuando James se levantó del suelo, éste miró a Jennifer mientras abría la puerta de copiloto con una sonrisa de oreja a oreja mientras la chica no paraba de reír y su madre los contemplaba con una sonrisa pícara en el asiento trasero.

El coche arrancó y comenzaron a conducir en dirección al pueblo que se convertiría en el hogar de Jennifer durante un tiempo indeterminado. Mientras pasaban por los verdes campos de Inglaterra, Jennifer contemplaba el paisaje. De vez en cuando, la chica notó la mirada de James posada en ella. Inspiró una gran bocanada de aire cerrando los ojos. Cuando los volvió a abrir, su mirada se topó con cenizas. Las cenizas de la mansión de Adelaide Walker, a tan solo unos pasos de distancia. Por un instante, la periodista vio a la actriz mirándola desde una ventana de su mansión, pero luego Jennifer parpadeó, y su visión de la joven en la ventana se esfumó. Ya no quedaba nada, solo cenizas. Jennifer había estado obsesionada con Adelaide Walker durante demasiado tiempo, ya no era sano seguir pensando en la actriz. Era hora de pasar página.

Era un viernes de abril de 1979, habían pasado ya seis años desde la muerte de Adelaide Walker. Ante las puertas de la casa de los Wilson había una figura humana,

tiritando por la lluvia, cubierta por un abrigo negro bajo la luz de la luna llena. Un coche negro que no pertenecía a los dueños estaba aparcado frente al muro cubierto de hiedra que rodeaba el recinto. La chica volvió a llamar a la puerta por segunda vez. Todas las luces de la casa estaban apagadas. Un hombre joven salió del coche y abrió la puerta de atrás del vehículo para ayudar a salir a una anciana. Ambos caminaron hasta llegar junto a la joven, quien volvió a llamar a la puerta una tercera vez. Una luz se encendió en el interior de la casa. Se escucharon voces provenientes del dormitorio.

-Todo va a salir bien, Matthew –dijo la joven al ver la preocupación reflejada en los ojos de Matthew Anderson.

-¿Estás segura? –dijo Matthew.

El chico extendió un brazo para colocar un mechón de pelo negro y rizado detrás de la oreja de la chica, dejando a la vista una quemadura en la parte inferior de su cuello. La chica sonrió, dando a entender que era consciente de lo que estaba haciendo. Matthew acarició suavemente la cicatriz que la muchacha tenía en su barbilla y acercó su rostro al de él para besarla.

-¿Estás segura de que ella puede ayudarnos, señora Dickson? –dijo la muchacha, girándose para mirar a la anciana.

-Sí, -respondió la anciana– y, por favor, llámeme Betty.

La puerta de roble se abrió. James Wilson los miraba con expresión atónita. Jennifer Wilson no tardó en llegar al umbral de la puerta, dónde se situó al lado de su marido, mirando a Betty sin comprender nada.

-¿Es usted Jennifer Bradley?

